Sugerencia de retiro para el *nuevo año:*

**La Novedad del Evangelio y la vida renovada en Cristo**

**Ambientación**

El día de “retiro” tiene siempre un toque de regalo divino. Nos sale al encuentro como una fuerte llamada a la interioridad y con ella, al encuentro con Aquella Realidad que es más íntima a nosotras que nosotras mismas: Dios. Pero, con frecuencia, con demasiada frecuencia, tal vez porque es un regalo que esperamos siempre, un día que tenemos fijado en nuestro calendario, en nuestra programación religiosa, se nos convierte en un regalo rutinario, casi sin importancia. Sigue siendo un don…, pero terminamos creyendo que nos pertenece, algo a lo que tenemos derecho, una cita a la que Dios no debiera faltar y, con frecuencia, parece que falta…

Hace unos días recibí un video que narraba una preciosa leyenda de los indios Cherokee. Quizás lo tengáis también algunas de vosotras por ahí… Trataba sobre el ritual que realizaban (o quizás todavía realizan, no lo sé), para introducir a los varones adolescentes en su estado de hombre adulto. Resumo: el muchacho que debe realizar el ritual es llevado por su padre hasta un monte y dejado allí, solo, con los ojos vendados. Él chico debe mostrar su hombría y pasar la noche sin quitarse la venda de los ojos, soportando todo: la oscuridad, los ruidos, el miedo a la soledad y a lo que pueda sucederle a lo largo de esa interminable noche. Al amanecer, cuando el sol comience a aparecer, el chico puede quitarse la venda y volver a la realidad. Lo primero que descubre es que su padre está sentado junto a él, que veló en todo momento por él y no lo dejó solo ni un solo instante de esa larga noche…

Me hizo pensar: ¿Será que Dios, mi *Padre-Madre* está en el lugar de encuentro antes que yo y yo no he sabido descubrirle? Tal vez, en mi soledad, no he sabido comprender que Dios estaba junto a mí y que deseaba ese encuentro infinitamente más que yo… Sin duda es así. Dios está siempre ahí. Nosotras somos las que no estamos, o estamos de manera inconsciente, despistada… Bueno, aún hay tiempo para cambiar esa situación.

La leyenda Cherokee y tantas otras realidades que conforman nuestro día a día, nos invitan a vivir con un nuevo sentido el retiro en este año que estrenamos. Todo lo que vivimos es, en el fondo, la inmensa Presencia de la Divinidad que nos mira con ternura instante a instante. Las horas de este día, si de verdad lo empleamos en buscar el encuentro con Dios, en orar y guardar silencio de tantas cosas que nos dispersan y distraen, pueden ser largas y el silencio de Dios insoportable… podemos sentir el desierto en el corazón y podemos terminar el día agotadas por la tensión e incluso decepcionadas por no “sentir” nada... Pero, no nos permitamos dudar: ¡Dios no tiene que presentarse a la cita, porque Dios está a la espera siempre, a nuestro lado, sin quitarnos los ojos de encima…! Si un padre cherokee puede actuar así, con esa ternura, con esa misericordia hacia su hijo ¡Cuánto más Dios!

Comienza un “Año Nuevo”. Enero es un mes, además de “nuevo”, *raro*. Por una parte lleno de esa novedad recién estrenada y que deseamos vivir con ilusión, por otro no podemos despojarnos tan fácilmente del peso de lo ya vivido, de todo lo que es pasado pero que, de alguna manera, nos ha marcado… Durante días no terminamos de acostumbrarnos a llamar al *nuevo* año por su nombre (2018) Volvemos al año ya pasado una y otra vez hasta que este año comience a tomar forma definida en nuestros sentidos y comienza poco a poco a desgastarse.

La propuesta para vivir este *Retiro de año Nuevo* es que, de verdad, vivamos la novedad que nos aguarda. Novedad que nos llega de Dios mismo y que nos llama a abrir los ojos y ver todo lo que nos rodea con una nueva luz, con una esperanza renovada en la *Presencia* que hace el camino (la vida) a nuestro lado, que nos carga sobre sus hombros cuando el cansancio parece acecharnos y vencernos. Meditemos y oremos en esta idea clave para comenzar el nuevo año con la novedad del Espíritu en nuestro corazón. Comencemos a vivir, de nuevo…

Durante todo el tiempo de Adviento y Navidad se nos ha venido enviando un mensaje que podríamos sentir como “urgente”: tenemos que *convertirnos*: tenemos que pasar de la tristeza al gozo, de la oscuridad a la luz, de la soledad a la presencia amiga, en suma: de lo viejo a lo nuevo… Tenemos que dejar actuar a Dios en nuestro corazón, porque solo así estaremos en condiciones de vivir el *Encuentro* tan esperado con el Señor y tener de verdad nuestra vida centrada en Él.

Pero, ¿esto supone una novedad…? ¿No es algo ya conocido, viejo…? ¿No es eso lo que intentamos vivir desde siempre? De lo contrario… ¿qué ha sido de nuestra vida, de todos nuestros esfuerzos, de todas las renuncias (si es que las ha habido)…, de todos nuestros sueños y esperanzas, de todos nuestros deseos de entrega sin medida? No deberíamos pasar demasiado rápido por estos interrogantes, ni responderlos con demasiado énfasis en lo que nos parece obvio… Un día de retiro, al comenzar el año, es una buena oportunidad para ahondar algo más y responder con profunda sinceridad, desde dentro…

En la Escritura se habla de la llegada de “un nuevo cielo y una nueva tierra”, de Dios, que hace “nuevas todas las cosas”, y en el evangelio, más concretamente, Jesús nos invita a vivir el “mandamiento nuevo”:

***«Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros como Yo os he amado» (Jn 13, 34).***

Este único mandamiento del Señor es siempre “nuevo”, está siempre por estrenar en algún aspecto. El libro del Apocalipsis en el que se ofrece una mirada casi aterradora a la vez que esperanzada del futuro, más bien de la eternidad y de la nueva vida que esperamos vivir en ella; invita a reflexionar a fondo sobre la necesidad de vivir una verdadera conversión de nuestro estilo de vida gastado, viejo, caduco y desencantado… Nos invita a renovar nuestra fe en la novedad absoluta del Evangelio (Jesucristo) y a entregarnos a él de la misma manera que él se entrega al mundo.

“Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios.Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron. Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas.Y me dijo: Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida.El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo.***(Ap. 21, 3-7).***

Aunque la visión no termina ahí. No termina de esa manera tan esperanzada y conmovedora. Se da una advertencia que para muchos resulta molesta, insufrible, porque pone en evidencia todo lo negativo y malsano que hemos ido acumulando. Molesta porque seguramente hay en esas palabras algo que señale abiertamente y ponga al descubierto nuestra propia actitud y nuestra manera de actuar indigna de nuestra condición humana y consagrada.

Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda***(Ap. 21, 8).***

Por eso es necesario renovarnos desde lo más hondo de nuestro ser. Porque sin duda ha habido en nuestro pasado, en lo viejo, en lo vivido, mucho de cobardía, de incredulidad, de violencia, de inmoralidad, de idolatría, de mentira… Seguramente. Lo “nuevo”, la “novedad”, implica dejar todo eso y volver a vivir de cara a Dios y a todo lo bello y bueno que nos da.

Lo “nuevo” y la “novedad” son términos inquietantes, desestabilizadores; son palabras que por sí mismas evocan significados esperanzadores, positivos, pero también provocan dudas y desconcierto porque indican la existencia de horizontes desconocidos ante nuestros ojos y ponen en evidencia lo “viejo”, lo que no funciona en nuestra vida y la deja vacía de sentido. Aquello a lo que, si queremos seguir viviendo con sentido, debemos renunciar.

Lo “nuevo” es noticia: un año nuevo siempre nos pone en alerta ¿Qué pasará? El Evangelio se llama “Buena Nueva” precisamente porque contiene la *Novedad* por excelencia: Jesucristo.

El motivo profundo de lo “nuevo” es que la novedad, lo que no es aún conocido y no ha sido aún experimentado, deja mucho espacio a la expectativa, a la sorpresa, a la esperanza, al sueño, a la ilusión aún no cumplida, a todo lo que nos hace personas activas y felices. Si estuviéramos seguras de que el año nuevo nos reserva exactamente las mismas cosas que el anterior, ni más ni menos, nos dejaría de emocionar, carecería de interés, no habría motivos para ejercitar nuestras fuerzas, nuestra capacidad creadora, nuestro ingenio...

Lo “nuevo” **no** se opone a “antiguo”, sino a “viejo” a “gastado”. ¿Cuál es la diferencia? ¡Pues esa!: llamamos “viejo” a lo que con el paso del tiempo ha perdido frescura, valor, fuerza, …; *viejo* es lo que se deteriora y pierde valor; *antiguo* es aquello que, con el paso del tiempo ha logrado afianzarse y adquiere por ello un nuevo y significativo valor.

Teniendo en cuenta estas premisas, nos acercamos a la palabra del Evangelio que hoy sugerimos profundizar, meditar y orar. Se plantea un interrogante: ¿cómo se define “nuevo” un mandamiento que era conocido ya desde el Antiguo Testamento *(cfr. Lev 19, 18)*? El evangelista Juan, escribe:

“Queridos, no os escribo un mandamiento nuevo, sino el mandamiento antiguo, que tenéis desde el principio... Y sin embargo os escribo un mandamiento nuevo” ***(1 Jn 2, 7-8).***

En suma: ¿estamos hablando de un mandamiento *nuevo* o de un mandamiento *antiguo*? Pues, lo uno y lo otro.

*Antiguo* según la letra, porque se había dado desde hace tiempo, esperando que sirviera en la práctica para crear un pueblo nuevo: el pueblo de Israel; *nuevo* según el Espíritu, porque con Jesucristo se dio nueva fuerza para ponerlo en práctica y universalizarlo.

*Nuevo* no se opone aquí, decía, a *antiguo*, sino a viejo. Lo de amar al prójimo “como a uno mismo” se había convertido en un mandamiento “viejo”, esto es, débil y desgastado a fuerza de ser trasgredido, porque la Ley imponía la obligación de amar, pero no daba la fuerza para hacerlo. Con Jesucristo esa fuerza la hemos recibido, no por ley alguna sino por el Espíritu Santo ***(Rom 8, 1-14).***

Es decir, para vivir la novedad del Evangelio hemos de saber vivir el don siempre nuevo del Espíritu. De hecho, el mandamiento que Jesús formula durante su vida, el mandamiento del amor, no se transforma en un *mandamiento nuevo* sino cuando, muriendo en la cruz y dándonos el Espíritu Santo, nos muestra el camino del amor que da la vida por los que ama. Soportando el tormento de la cruz por mantenerse fiel a Dios y a la novedad que él representa en el mundo, el “reinado de Dios”, Jesús pone de relieve la fuerza del ser humano que sabe anteponer el amor y la justicia al odio y la violencia.

El mandamiento de Jesús es un mandamiento nuevo en sentido de entrega a una visión de Dios nueva que compromete toda la vida y la orienta a nuevas actitudes y nuevos compromisos, porque “renueva”, es decir: todo lo hace nuevo, lo transforma todo… El amor es lo que hace “nuevas todas las cosas” y no el amor que nosotras podamos sentir sino el que Dios nos tiene y nos hace conocer por el Espíritu de Jesús, el Señor.

Si el amor hablara en nuestras vidas, más que el egoísmo, más que el acomodo a nuestros criterios, más que la vanagloria o el deseo de que todo se realiza según nuestro parecer…, sabríamos lo que significan las palabras que Dios pronuncia por boca del Visionario del Nuevo Testamento «He aquí que hago nuevas todas las cosas». Porque la vida tendría cada día un nuevo interés, un sentido nuevo. Todo volvería a ser ilusionante en nuestra existencia, aunque ese todo implique las cosas que venimos haciendo cada día, todos los días del año…

Ser mercedaria de la caridad es serlo de *nuevo* todos los días, es hacer propio en el corazón la nostalgia de Aquel que decía: “fuego he venido a traer a la tierra, y ¡cómo deseo que arda...!”. Como mujeres consagradas a Jesucristo no podemos resignarnos a vivir con ideas y actitudes viejas, desgastadas, sin ilusión, con cansancio acomodado, sin la más mínima utopía. Porque somos parte de la Utopía de la Buena Nueva de Jesús, el Señor, y tenemos un “mandamiento nuevo” que vivir todos los días: el Proyecto Redentor de Dios...

Como mujeres consagradas, mercedarias de la caridad, este año en el que celebramos los 800 años de la fundación de la Orden de la Merced, para la redención de las nuevas y viejas esclavitudes, tenemos que ser capaces de unirnos, con nuestras pocas fuerzas y nuestra pequeñez, a la creación de UN MUNDO NUEVO, sin imperios viejos ni viejas extorsiones, ni instituciones mundiales explotadoras de la tierra, nuestra *Casa Común* y de los pobres, lo que Jesús llamó herederos del Reino de Dios.

Tenemos que hacer presente, allí donde estemos, con palabras y hechos nuevos que el Año Nuevo que esperamos, el sueño que nos quita el sueño, lo que nos hace estar siempre “alerta” es la novedad del reinado de Dios y su redención de toda esclavitud.

*El Papa Francisco* dijo en la Misa de Pentecostés del año pasado unas palabras que pueden iluminar nuestra reflexión:

“La novedad nos da siempre un poco de miedo, porque nos sentimos más seguros si tenemos todo bajo control, si somos nosotros los que construimos, programamos, planificamos nuestra vida, según nuestros esquemas, seguridades, gustos. Y esto nos sucede también con Dios. Con frecuencia lo seguimos, lo acogemos, pero hasta un cierto punto; nos resulta difícil abandonarnos a Él con total confianza, dejando que el Espíritu Santo anime, guíe nuestra vida, en todas las decisiones; tenemos miedo a que Dios nos lleve por caminos nuevos, nos saque de nuestros horizontes con frecuencia limitados, cerrados, egoístas, para abrirnos a los suyos. Pero, en toda la historia de la salvación, cuando Dios se revela, aparece su novedad – Dios ofrece siempre novedad -, trasforma y pide confianza total en Él… No es la novedad por la novedad, la búsqueda de lo nuevo para salir del aburrimiento, como sucede con frecuencia en nuestro tiempo. La novedad que Dios trae a nuestra vida es lo que verdaderamente nos realiza, lo que nos da la verdadera alegría, la verdadera serenidad, porque Dios nos ama y siempre quiere nuestro bien.”.

Es hora de cuestionarnos a fondo, con sinceridad y con firmeza de ánimo para dejarnos invadir por la fuerza de “lo nuevo” que el Espíritu Santo quiere hacer con nosotras, con nuestras vidas. El Papa terminaba su homilía planteando estos interrogantes que, a mi parecer, pueden ayudarnos mucho a plantearnos personalmente y en comunidad, cómo dejar “lo viejo” de nuestra manera de actuar, de vivir, y abrirnos a la novedad que un “Año Nuevo” nos ofrece. –Concluía el Papa su homilía con estos interrogantes:

*¿Estamos abiertos a las “sorpresas de Dios”? ¿O nos encerramos, con miedo, a la novedad del Espíritu Santo?*

*¿Estamos decididos a recorrer los caminos nuevos que la novedad de Dios nos presenta o nos atrincheramos en estructuras caducas, que han perdido la capacidad de respuesta?* Nos hará bien hacernos estas preguntas durante toda la jornada.”

A nosotras, desde luego, como mujeres consagradas mercedarias de la caridad nos haría mucho bien responder a esos interrogantes, mirando la realidad personal y comunitaria en la que nos encontramos.

|  |
| --- |
| 1. ***¿Qué gestos y actitudes debo reconocer como “viejas” en mi vida y que, por lo tanto, debo cambiar con resolución, sin demora?***
2. ***¿Qué actitudes deberíamos proponernos vivir en comunidad, qué deberíamos “renovar” (hacer de nuevo), para ser testigos ante el mundo que nos rodea del mandamiento nuevo que Jesucristo nos plantea vivir en su nombre? “Amaos… como yo os amo”***
 |

SUGERENCIA: Al terminar el día, en un ambiente de oración, podemos leer los textos y poner en común alguna de las respuestas personales que demos a esos (u otros) interrogantes, mirando sobre todo la necesidad de hacer crecer un ambiente “nuevo” entre nosotras, con gestos y actitudes comunitarias en las que se perciban con mayor claridad el compromiso por vivir el mandamiento *nuevo* del amor. El amor es *creativo* y siempre encuentra nuevas formas de expresión...